

El colega

A MARGARITA y RENÉ AGUILAR
MACHADO, gentiles amigas.

No era filfa sino verdad, y tanta que Crisóstomo, el marrullero sacristán de San Marcelo, lo aseguraba y icuidado! que este era de los personajes más salientes de la aldea. No había que dudarle: El difunto párroco Antonio Bussoni visitaba todas las noches la iglesia de aquel pueblo en donde había oficiado durante cuarenta años. Los habitantes del lugar, agricultores en su mayoría, sencillos, timoratos y creyentes, estaban poseídos de la mayor consternación aunque ninguno hubiese visto el fantasma cuya llegada se revelaba solamente por una música dulcísima que brotaba del órgano de la iglesia entre once y doce de la noche.

No faltaban viejos que aseguran no haber sido Bussoni aficionado a la música, pero a éstos Crisóstomo, lleno de convicción, afirmábalos que el difunto sacerdote había adquirido habilidades artísticas en el cielo y que sólo quien fuera inspirado de lo alto podía producir sonidos tan hermosos. Y a la verdad que a no ser por el temor que inspiran siempre las cosas de ultratumba, regocijo y no alarma debían sentir aquellos aldeanos de vida monótona al oír las sonatas deliciosas que interrumpían el pesado silencio de sus noches campesinas.

A pesar de los muchos comentarios y del guapear de los mozos, nadie, inclusive Crisóstomo, el marrullero sacristán de San Marcelo, se atrevía a penetrar en la iglesia del toque de oración en adelante; y el tiempo pasaba, crecía el temor y la música nocturna no se interrumpía.

Para salir de dudas y tormentos se esperó la llegada de Juan Ryner, actual párroco del pueblo, quien había ido a pasar unos meses con su familia en la ciudad cercana. Créase que cesarían las tocatas de Bussoni cuando se volviera a decir misa en el altar de San Marcelo. Juan Ryner, hombre ilustrado, de espíritu fuerte e independiente de creencias absurdas, enterado del asunto comprendió que en el fondo de él no había otra cosa que una burla de algún perillán, forastero sin duda, para con sus feligreses. Empero, por calmar a su pacífico rebaño, fingió creer en todo, prometió regar los altares con agua bendita y decir una misa por el alma de Bussoni.

Libre de importunos, al caer la noche, el padre Juan Ryner, armado de un látigo se dirigió al templo dispuesto cual nuevo Jesús para arrojar al profanador. Oculto tras los corti-

najes de un altar esperó. Once campanadas sonaron... El bronco sonido del enmohecido reloj de San Marcelo impidió se oyera el ruido de una puerta que se abrió en la sacristía... Un hombre entró y se dirigió al órgano llevando una linterna sorda. Ryner, con la atención fija en las puertas del fondo no le vio y asombrado volvió la cabeza al oír un vigoroso acorde que resonó entre las bóvedas sombrías... El primer impulso del sacerdote fué el de caer sobre el músico para castigarle sin explicaciones... pero logró contenerse y esperó... Entre tanto el ejecutante recorría con mano experta el teclado amarillento del instrumento, haciéndole vibrar con caprichosos preludios... Luego, en un dulce *pianissimo* dió principio a una melodía de

Mozart... música lánguida saturada de ternuras que tan pronto arrulla, como llora, que acaricia y se queja. Algo como un flúido magnético invade a Ryner, que permanece confuso. Aquella melodía le es conocida y evoca en su memoria épocas lejanas y queridas. Su niñez, su juventud, sus horas de ilusión y sus desesperanzas... Placer y dolor, todo desfila ante su pensamiento. El también había adorado el arte divino en sus días dichosos de quimeras juveniles... Por eso su emoción era intensa y su corazón lloraba. Lentamente, como atraído por fuerza oculta, fué hacia el órgano y tras él permaneció quieto. De pronto el músico inspirado se detiene, vacila, formula un acorde, luego un preludeo y por último deja caer sus manos con desaliento. Parece haber olvidado el final de la hermosa fantasía... Ryner lo comprende así y con ademán rápido se adelanta, apoya sus manos en el teclado y finaliza con lucidez la partitura.

LYDIA BOLENA

El equívoco de la dictadura

...Dictadura en España? ¿Para qué? La atonía social en nuestra nación la deja sin defensa ante el veto de las oligarquías de clase y ante el «espíritu de cuerpo». El Estado carece de fuerza contra los pequeños Estados interiores y parásitos. Han sido posibles los mayores desafueros autoritarios sin que la opinión media se indignara, y, en cambio, el gesto de un obispo es suficiente para segar en flor una tímida reforma en sentido de libertad. El veto eclesiástico se interpone para impedir el respeto más leve al sentimiento religioso de las minorías, como si esos mismos pastores, celosos de la fe, no hubiesen, bendecido, por mediación de la Buena Prensa regida por ellos, el atropello gubernamental. ¿Será, pues, para imponer violentamente la libertad, que no puede venir por evolución, para lo que invocan un dictador nuestras ranas de Esopo? La dictadura por la dictadura misma sería una estupidez, una arlequinada macabra. Toda dictadura es un medio para un fin, para un fin que encuentre dificultades en el camino normal de su advenimiento. Y en España lo único que topa con obstáculos insuperables es la progresiva liberación. La dictadura por la libertad, ¡oh, paradoja!, sería la única actitud que tendría sentido entre nosotros. Y no porque la libertad sea impopular ni porque tuviera que chocar con una masa nacional empedernida en su bajeza, sino porque tendría que luchar

con resistencias de clase y profesión.

¿Para qué la dictadura contra una masa que se deja modelar como cera en manos de los gobernantes, al modo que deseó Ignacio de Loyola para sus jesuitas? En sentido de derecha, todo es posible en España. En sentido de izquierda, la más ligera intención de reforma suscita una vociferación de energúmenos y una ronca amenaza de levantamientos. ¡El verdadero dictador, en España, sería el Libertador, el que tuviese la osadía de imponer la oportunidad de las santas Inoportunidades! Una dictadura como la que se nos ha anunciado no sería para gobernar, sino para impedir que se gobierne; esto es, que se guíe y conduzca al pueblo hacia su capacidad de no tolerar dictadores. La única dictadura aceptable en ciertos momentos de transición es la que enseña al pueblo a no necesitar dictaduras, y ésa de que hablamos sería todo lo contrario.

El ideal de la buena gobernación no consiste en erigir sobre la voluntad del país el audaz imperio de una minoría armada. Consiste en apoyar sobre la voluntad electiva de las mayorías un régimen de garantía espiritual de las minorías. Y cuanto mayor sea esa garantía de los menos por los más, mayor será el grado de una civilización.

GABRIEL ALOMAR.

(La Libertad, Madrid).